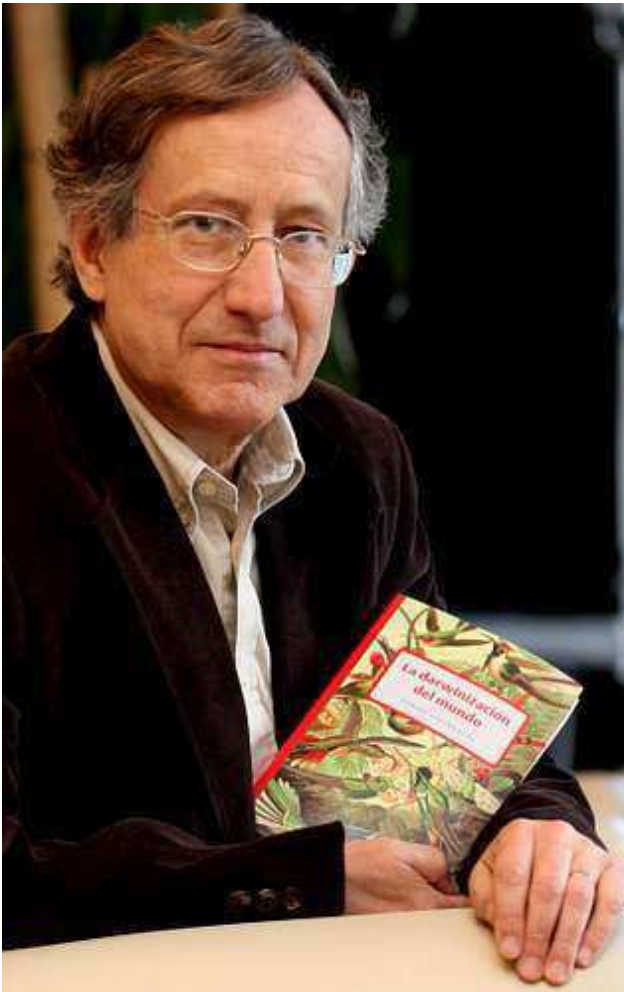


Carlos Castrodeza: *In Memoriam*



¡He vivido, he recorrido el curso
que la fortuna me concediera!

Séneca, *Cartas a Lucilio*

El pasado mes de abril nos dejaba para siempre, a la temprana edad de 67 años, nuestro admirado compañero Carlos Castrodeza, quien fue profesor de filosofía de la ciencia durante casi treinta años en la Universidad Complutense de Madrid. Conocí a Carlos hace bastantes años, en circunstancias académicas no muy agradables. De inmediato me cautivó su extraordinario y a la vez sutil sentido del humor; ese sentido del humor que todos sus amigos echaremos de menos y que contribuía siempre, como lo hizo en aquella ocasión, a dulcificar los momentos difíciles.

Carlos Castrodeza ha sido, sin lugar a dudas, uno de los filósofos de la biología más importantes en el ámbito cultural de habla hispana. La originalidad y la radicalidad de su obra

han hecho de ésta una referencia obligada para todos los que nos dedicamos a este campo. Su propuesta más personal, el desarrollo de una biología de la filosofía y, en general, una biología del conocimiento (lo cual puede entenderse de diversas maneras, pero muy en particular como la aplicación de las tesis evolucionistas a la explicación de la adhesión a determinadas ideas entendidas como estrategias adaptativas), ha mostrado en sus últimos libros ser una línea de investigación prometedora, dando lugar al esbozo de una teoría de la "razón biológica". Carlos Castrodeza supo hacer del darwinismo un principio interpretativo aplicable a toda la historia y la cultura humanas. Pero, habiendo hecho esto, y siendo uno de los más profundos conocedores del pensamiento y la obra de Darwin, estaba muy lejos de ser un admirador entregado y acrítico del naturalista inglés. Todo lo contrario, casi más fuerte que su adhesión a las categorías darwinistas como claves heurísticas de nuestra conducta, era su rechazo de lo que solía designar como la 'hagiografía anglosajona' que, sin pudor, crecía cada vez más en torno al personaje y que había llegado a conseguir, según su opinión, ocultar al Darwin real para poner en su lugar una figura hierática, intocable y casi ininteligible.

El primer libro que leí de él, antes de conocerle personalmente, cuando todavía no tenía ni la más remota idea de que la filosofía de la biología se iba a convertir en un área de tanto interés para mí, fue *Ortodoxia darwiniana y progreso biológico* (Madrid: Alianza, 1988). Se trata de un estudio exhaustivo y erudito sobre la noción de progreso evolutivo y su posible encaje dentro de la teoría neodarwinista. En el libro se señala y se explica la ambigüedad que ha acompañado a esta noción: por una parte la ortodoxia darwiniana obliga a negar que la evolución genere algún tipo de progreso, pero por otra, la inclinación entre los científicos por defender que, pese a todo, lo ha habido hacia alguna meta (que varía grandemente según los casos, pero que suele ser identificada con el aumento de la complejidad). Con ocasión del análisis del problema, Castrodeza aborda cuestiones centrales en la filosofía de la biología, como el de la propia definición de 'progreso' y los aspectos ideológicos que subyacen a esta noción, o el del estatus científico de la teoría de la evolución.

Poco después de trabar amistad con él, leí su *Teoría histórica de la selección natural* (Madrid: Alhambra, 1988), en un ejemplar que él me regaló y me dedicó, cosa que repetió a partir de entonces con sus demás libros. En alguna medida esta obra fue la primera en despertar en mí el interés por la filosofía de la biología, y muy particularmente por la teoría de la evolución. Aquí Castrodeza despliega de forma impresionante todos sus conocimientos históricos sobre Darwin y el darwinismo. No sólo reconstruye minuciosamente la gestación de las ideas de Darwin en su contexto social y cultural –huyendo, como ya se ha dicho, de la hagiografía al uso–, sino que realiza comentarios reveladores acerca del modo en que esta reconstrucción histórica ha sido hecha por los historiadores, y los vicios de los que ha adolecido.

Carlos Castrodeza: *In Memoriam*

Como afirma en el prefacio, “el objeto es poder comprobar hasta que punto sus preocupaciones [las de Darwin] eran las de su tiempo y lugar, y ver asimismo hasta qué extremo la originalidad de un autor depende de las concepciones de su entorno”. Este libro y el anterior merecieron en su momento una reseña elogiosa del historiador de la ciencia y de la técnica Thomas F. Glick en *Biology and Philosophy* (vol. 7, 1992).

Pero su aportación filosófica fundamental estuvo en sus obras posteriores. En 1999 publica *Razón Biológica: La base evolucionista del pensamiento* (Madrid: Minerva), en la que da un giro importante a sus planteamientos, hasta entonces básicamente historiográficos, y se atreve, con una valentía que le caracterizará desde ese momento, a sacar consecuencias filosóficas radicales de la asunción de la visión del mundo auspiciada por el darwinismo contemporáneo. Castrodeza nos conmina en este libro a tomarnos a Darwin más en serio aún de lo que ya habían pedido otros, como Michael Ruse, en su famoso libro. El hilo conductor del libro es la contraposición entre el “accidentalismo” y el “esencialismo”, como posiciones filosóficas y vitales de carácter general. El accidentalismo es la idea según la cual “el animal humano sería el resultado de un accidente orgánico más”. Por el contrario, el esencialista sostiene que “el ser humano, de algún modo, se diferenciaría del resto de los organismos en algo esencial” (p. 13). El esencialista, por tanto, sería un defensor de lo que se conoce como el “abismo ontológico” entre seres humanos y animales, mientras que el accidentalista sería el darwinista consecuente. Pero, en su defensa de un esencialismo coherente y sin ambages, Castrodeza sostiene que su adopción debe llevar igualmente al rechazo de cinco tesis que gozan de amplia difusión. Las tesis que deben abandonarse son las siguientes:

1. A diferencia de lo que ocurre en el mundo natural, donde la evolución no significa progreso, en el mundo cultural, y especialmente en el científico y tecnológico, existe un progreso constante (hacia la verdad o hacia una aprehensión cada vez mejor de la realidad objetiva) que separa al hombre definitivamente de la base natural que representa la evolución biológica.
2. La inteligencia humana es un factor adquirido para siempre y, por tanto, ya no puede perderse.
3. El ser humano debe oponer una ética propia a la “ética” brutal de la supervivencia del más apto.
4. La separación entre cultura científica y cultura humanística (el problema de las dos culturas) obedece sólo a razones internas al propio desarrollo cultural.
5. La “civilización occidental” presenta peculiaridades que la hacen algo especial dentro de la historia de la especie humana; en particular, habría permitido como nin-

guna otra liberar al ser humano de sus “servidumbres biológicas”.

Cada uno de los cinco capítulos del libro se ocupa de presentar y discutir las debilidades de estas tesis, ofreciendo una especial penetración crítica en el caso de la primera, que, no en vano, es el sustento de las otras.

Estas ideas fueron continuadas en *Los límites de la historia natural. Hacia una nueva biología del conocimiento* (Madrid: Akal, 2003), *La marsopa de Heidegger. El lugar de la ciencia en la cultura actual* (Madrid: Dickinson, 2003), y, sobre todo, en *Nihilismo y supervivencia: Una expresión naturalista de lo inefable* (Madrid: Trotta, 2007). En estas dos últimas obras, Castrodeza conecta su preocupación por la base biológica de la cultura humana con la filosofía de Heidegger y con el problema del nihilismo, que se convertirá a partir de ese momento en un eje central en su pensamiento. Es así, por ejemplo, como describe en ese momento nuestra condición humana:

Desde la biología, desde la genética, desde la ciencia en fin, estamos programados para vivir, prácticamente a toda costa, contra viento y marea, con el objeto último de preparar el terreno para una próxima generación. Pero, por otro lado, por nuestra constitución orgánico-adaptativa contemplamos nuestra misma finitud, nuestra cruda temporalidad. De cualquier manera que fuera nuestro desenlace, nos sentiríamos padeciéndonos, porque a la postre o hay fin o no, y en ambos casos cunde el desamparo. De modo que el mejor bien es no aceptar lo inevitable, adoptar una rebelión irracional, porque irracional es la solución de la selección natural. (Castrodeza, *Nihilismo y supervivencia*, 2007, p. 29).

En el 2009 vio la luz su obra intelectualmente más madura y, por desgracia, la que constituirá ya su legado definitivo: *La darwinización del mundo: Una bioantropología de la filosofía y de la ciencia en su historia* (Barcelona: Herder). En ella Castrodeza muestra verdaderamente cómo tomarse a Darwin en serio. El darwinismo se convierte aquí en la clave interpretativa de toda la cultura y de la propia existencia humana. “El principio de la selección natural –escribe– es más metafísico que físico, y aunque esto pueda sonar sorprendente, no debería serlo tanto, porque dicho principio respondería, en definitiva, a una cosmovisión naturalista que nos invita a saber a qué atenernos en una existencia bajo supuestos mínimamente metafísicos, pero metafísicos al fin” (Castrodeza, *La darwinización del mundo*, 2009, p. 19).

Las consecuencias de la naturalización de nuestra visión del mundo que implica la adopción del darwinismo son ineludibles, pero también dolorosas:

Carlos Castrodeza: *In Memoriam*

[B]iologizar al hombre hasta en sus resquicios más recónditos es el penosísimo proceso de mostrar nuestra vulnerabilidad total ante lo que se nos antoja un cosmos completamente ajeno a lo que se puede denominar nuestra problemática existencial, por mucho que se intente promocionar un «principio antrópico» o similares que nos siguen dejando donde estamos, ilusiones aparte. (Castrodeza 2009, p. 360).

De nuevo aquí, pues, la cuestión del “accidentalismo”. Biologizar al hombre implica reconocer finalmente que, como ya señalara Nietzsche, somos una manifestación más de la vida situada en un rincón apartado e insignificante del universo. Sin privilegios ontológicos ni morales (más que los que interesadamente hemos querido darnos), y sin telos que justifique los zigzagueos nuestra cruel historia. ¿Hay algún modo, sin abandonar el naturalismo, esto es, sin recurrir a un *Deus ex machina*, o sin caer en un rechazo de la ciencia al estilo Heidegger, de evitar esta conclusión? Castrodeza no cree que lo haya, y para apoyar esta tesis, llena las páginas del libro de argumentos contundentes y de reinterpretaciones iluminadores de la historia de la filosofía.

El proceso de darwinización del mundo sería el paso más reciente en un camino de naturalización cuyo primer movimiento habría sido la mecanización del mundo iniciada por la ciencia moderna en el Renacimiento, llevada a su extremo por el Positivismo Lógico en la primera mitad del siglo XX. Pero lo que no supieron ver los positivistas es que este proceso de naturalización, tras la incorporación de la teoría de Darwin, conducía a la situación que describiría mucho más lúcidamente el segundo Heidegger. Heidegger supo ver como nadie cuál fue el punto de partida del naturalismo y cuál ha sido su desenlace en nuestro tiempo, el tiempo de la ciencia y de la técnica, el tiempo que él llamaba “de la imagen del mundo”. Este desenlace final no es otro que el nihilismo. Al darwinista consecuente –y en esto puede resumirse la idea central del libro que comentamos– no le queda más salida que el nihilismo. Al fin y al cabo, todos los metarrelatos justificatorios que permitieron en el pasado escapar de él no sólo se han vuelto literalmente increíbles, como señalara Lyotard, sino que desde una perspectiva darwinista sólo pueden ser vistos como meras estrategias culturales de adaptación al medio; como, por otra parte, ha de ser visto el propio darwinismo (por mor de la coherencia).

En estos últimos años, no hacía más que crecer el afecto y la admiración que sentía por Carlos, así como el interés por su obra. Publiqué algunas reseñas de sus libros y él, en un gesto que le agradecí enormemente, publicó también algunas de los míos. Su perspicacia y su bonhomía quedaron perfectamente reflejadas en ellas. Me cabe el honor de decir

que uno de sus últimos trabajos que aparecerán aún publicados es la colaboración, breve pero enjundiosa, que hizo para el libro *Naturaleza animal, naturaleza humana*, que he coordinado junto con José María Atencia para la editorial Biblioteca Nueva. Seguiremos, no quepa duda, dialogando con él.

Antonio Diéguez
Universidad de Málaga
dieguez@uma.es